

PAMPLONA HA DESTERRADO



EL SUEÑO



Presas de la misma euforia se juntan gentes del pueblo y «snobs», escritores, artistas, campesinos. Pamplona es un hervidero humano donde se hablan todas las lenguas y se cumplen los mismos ritos. Durante los sanfermines se prohíbe dormir «oficialmente». Como recurso, sólo se echa una siesta en un banco, en el café, en cualquier parte...

DE nuevo Pamplona se ha visto, como todos los años, invadida por miles y miles de forasteros que han acudido a la llamada de los sanfermines. Son éstos, año tras año, días en que la capital navarra cobra una especial fisonomía, completamente diferente a la que le es propia durante los largos meses de invierno, y que muchos toman por la única auténtica y definitiva. El perfil popular se une al literario, que desde la famosa novela de Hemingway ha saltado al mundo, y en las calles se juntan, presas de la misma euforia —auténtica o provocada— gentes del pueblo y «snobs», escritores, artistas y campesinos llegados de los caseríos de los alrededores... Durante estos días, Pamplona se convierte en un hervidero humano donde se hablan todas las lenguas, se vive con arreglo a todos los niveles, pero se cumplen los mismos horarios, se realizan los mismos ritos y se bebe, con igual avidez, el mismo vino tinto de la tierra. Los amaneceres se juntan, los días se empalman y se acaba por no saber si la borrachera es de alcohol, de emociones, de sol o de toros. El encierro ya no se sabe si es principio o final del día; si se empieza por el encierro y luego se baila y se bebe hasta el amanecer o si, por el contrario, se va a bailar y beber y se termina con el encierro. En todo caso, el sueño queda desterrado. Es de mal tono irse a dormir, al menos de una manera «oficial». Y esto, tratése de los forasteros o de los habitantes de la ciudad. En todo caso, se echa una siesta más o menos disimulada, se da una cabezada en una hora vacía, en un banco, en el café, en casa de unos amigos donde se va a tomar una copa y se aprovecha —la cama es tan tentadora— para dormir «un cuarto de hora». Muchos ni siquiera toman hotel. ¿Para qué? Y otros se limitan a dejar las maletas y a darse duchas.

Y, a lo largo del día, no se para. Los toros, el encierro, el baile, el chiquiteo. Los ajos y el pañuelo rojo en torno al cuello. Un ritmo infernal, pagano, preside los días que duran los sanfermines. Quizá por oposición a una vida casi de letargo, de transcurrir lento, monótono y, desde luego, nada pagano, los pamplonicas, y los que por unos días lo son de adopción, se lanzan a este ir y venir desenfrenado de un carácter que enlaza con lo dionisiaco, y que sería interesante estudiar con referencia a las antiguas costumbres y tradiciones del Norte y, en especial, del pueblo vasconavarro. Luego, en cuanto los sanfermines terminan, todo vuelve a su cauce. Unos días de readaptación —los extranjeros, a las costumbres y horarios que son los suyos; los pamplonicas a los de ellos—, una ingestión masiva de eferrescentes y una cura de sueño, y los recuerdos se van quedando en eso, hasta que, de pronto, uno se encuentra con que de nuevo es San Fermín...

